Zygmunt Bauman

Tiempos líquidos

Vivir en una época de incertidumbre

ENSAYO
TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Liquid Times. Living in an Age of Uncertainty*

1.ª edición en Tusquets Editores España: noviembre de 2007
1.ª edición en Tusquets Editores México: febrero de 2008

Modus Vivendi © 2007, Gius. Laterza & Figli, All rights reserved

© de la traducción: Carmen Corral Santos, 2007
Diseño de la colección: Estudio Úbeda
Reservados todos los derechos de esta edición para
©Tusquets Editores México, S.A. de C.V.
Campeche 280 Int. 301 y 302 – 06100, México, D.F.
Tel. 5574-6379 Fax 5584-1335
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-970-699-199-7

© Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones
Av. Paseo de la Reforma 175 – Col. Cuauhtémoc – 06500, México, D.F.
www.conaculta.gob.mx
ISBN: 978-970-35-1438-0

Fotocomposición: Pacmer – Alcolea, 106-108 – 08014 Barcelona
Impresión: Acabados Editoriales Inc. – Arroz 226 – 09820, México, D.F.
Impreso en México

Índice

Introducción: Con coraje hacia el foco de las incertidumbres. 7

1. La vida líquida moderna y sus miedos 13

2. La humanidad en movimiento. 43

3. El Estado, la democracia y la gestión de los miedos 81

4. Separados, pero juntos. 103

5. La utopía en la época de la incertidumbre . . 133

Apéndices

Notas 159

Índice onomástico. 167

Zygmunt Bauman

TIEMPOS LÍQUIDOS

Vivir en una época de incertidumbre

Traducción de Carmen Corral

Colección dirigida por Josep Ramoneda
con la colaboración de Judit Carrera

72

ENSAYO

Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

TUSQUETS
EDITORES

Introducción
Con coraje hacia el foco de las incertidumbres

Al menos en la parte «desarrollada» del planeta se han dado, o están dándose ahora, una serie de novedades no carentes de consecuencias y estrechamente interrelacionadas, que crean un escenario nuevo y sin precedentes para las elecciones individuales, y que presentan una serie de retos antes nunca vistos.

En primer lugar, el paso de la fase «sólida» de la modernidad a la «líquida»: es decir, a una condición en la que las formas sociales (las estructuras que limitan las elecciones individuales, las instituciones que salvaguardan la continuidad de los hábitos, los modelos de comportamiento aceptables) ya no pueden (ni se espera que puedan) mantener su forma por más tiempo, porque se descomponen y se derriten antes de que se cuente con el tiempo necesario para asumirlas y, una vez asumidas, ocupar el lugar que se les ha asignado. Resulta improbable que las formas, presentes o sólo esbozadas, cuenten con el tiempo suficiente para solidificarse y, dada su breve esperanza de vida, no pueden servir como marcos de referencia para las acciones humanas y para las estrategias a largo plazo; de hecho, se trata de una esperanza de vida más breve que el tiempo necesario para desarrollar una estrate-

gia coherente y consistente, e incluso más breve que el tiempo requerido para llevar a término un «proyecto de vida» individual.

En segundo lugar, la separación y el inminente divorcio entre poder y política, la pareja de la que desde el surgimiento del Estado moderno y hasta hace bien poco se esperaba que compartiese la casa común constituida por el Estado-nación «hasta que la muerte los separase». Gran parte del poder requerido para actuar con eficacia, del que disponía el Estado moderno, ahora se está desplazando al políticamente incontrolable espacio global (y extraterritorial, en muchos aspectos); mientras que la política, la capacidad para decidir la dirección y el propósito de la acción, es incapaz de actuar de manera efectiva a escala planetaria, ya que sólo abarca, como antes, un ámbito local. La ausencia de control político convierte a los nuevos poderes emancipados en una fuente de profundas y, en principio, indomables incertidumbres, mientras que la carencia de poder resta progresivamente importancia a las instituciones políticas existentes, a sus iniciativas y cometidos, cada vez menos capaces de responder a los problemas cotidianos de los ciudadanos del Estado-nación, motivo por el cual éstos, a su vez, prestan menos atención a dichas instituciones. Esta doble consecuencia del divorcio obliga y alienta a los órganos del Estado a desentenderse, a transferir o (por usar términos de la jerga política últimamente en boga) a aplicar los principios de «subsidiariedad» y «externalización», delegando en otros un gran número de las funciones que antes habían asumido. Abandonadas por el Estado, tales funciones quedan a

merced de las fuerzas del mercado, con fama de caprichosas e impredecibles por naturaleza, y son abandonadas a la iniciativa privada y al cuidado de los individuos.

En tercer lugar, la gradual pero sistemática supresión o reducción de los seguros públicos, garantizados por el Estado, que cubrían el fracaso y la mala fortuna individual, priva a la acción colectiva de gran parte de su antiguo atractivo y socava los fundamentos de la solidaridad social. La palabra «comunidad», como modo de referirse a la totalidad de la población que habita en el territorio soberano del Estado, suena cada vez más vacía de contenido. Entrelazados antes en una red de seguridad que requería una amplia y continua inversión de tiempo y de esfuerzo, los vínculos humanos, a los que merecía la pena sacrificar los intereses individuales inmediatos (o aquello que pudiese considerarse en interés del individuo), devienen cada vez más frágiles y se aceptan como provisionales. La exposición de los individuos a los caprichos del mercado laboral y de bienes suscita y promueve la división y no la unidad; premia las actitudes competitivas, al tiempo que degrada la colaboración y el trabajo en equipo al rango de estratagemas temporales que deben abandonarse o eliminarse una vez que se hayan agotado sus beneficios. La «sociedad» se ve y se trata como una «red», en vez de como una «estructura» (menos aún como una «totalidad» sólida): se percibe y se trata como una matriz de conexiones y desconexiones aleatorias y de un número esencialmente infinito de permutaciones posibles.

En cuarto lugar, el colapso del pensamiento, de la

planificación y de la acción a largo plazo, junto con la desaparición o el debilitamiento de aquellas estructuras sociales que permiten inscribir el pensamiento, la planificación y la acción en una perspectiva a largo plazo, reducen la historia política y las vidas individuales a una serie de proyectos de corto alcance y de episodios que son, en principio, infinitos y que no se combinan en secuencias compatibles con los conceptos de «desarrollo», «maduración», «carrera» o «progreso» (todos sugieren un orden de sucesión predeterminado). Una vida tan fragmentada estimula orientaciones «laterales» antes que «verticales». Cada paso sucesivo necesita convertirse en respuesta a una serie diferente de oportunidades y a una distribución diferente de probabilidades y, por ello, precisa una serie distinta de habilidades y una distinta organización de los recursos con que se cuenta. Los éxitos pretéritos no incrementan de manera automática la probabilidad de futuras victorias, y mucho menos las garantizan. Los medios probados con éxito en el pasado deben someterse a un control y a una revisión constante, ya que podrían mostrarse inútiles o del todo contraproducentes al cambiar las circunstancias. *Olvidar* por completo y con rapidez la información obsoleta y las costumbres añejas puede ser más importante para el éxito futuro que memorizar jugadas pasadas y construir estrategias basadas en un *aprendizaje* previo.

En quinto lugar, la responsabilidad de aclarar las dudas generadas por circunstancias insoportablemente volátiles y siempre cambiantes recae sobre las espaldas de los individuos, de quienes se espera ahora que sean «electores libres» y que soporten las conse-

cuencias de sus elecciones. Los riesgos implícitos en cada elección pueden ser causados por fuerzas que trascienden la comprensión y la capacidad individual para actuar, pero es el sino y el deber del individuo pagar su precio, porque para evitar errores no hay fórmulas refrendadas que seguir al pie de la letra, o a las que echar la culpa en caso de fracaso. La virtud que se proclama más útil para servir a los intereses individuales no es la *conformidad* a las normas (que, en cualquier caso, son escasas, y a menudo contradictorias), sino la *flexibilidad:* la presteza para cambiar de tácticas y estilos en un santiamén, para abandonar compromisos y lealtades sin arrepentimiento, y para ir en pos de las oportunidades según la disponibilidad del momento, en vez de seguir las propias preferencias consolidadas.

Ha llegado la hora de preguntarse cómo modifican estas novedades la variedad de desafíos que tienen ante sí hombres y mujeres en su vida diaria; cómo, de manera transversal, influyen en el modo en el que tienden a vivir sus vidas. Eso es todo lo que se propone este libro. Pregunta, pero no responde, y menos aún pretende dar respuestas definitivas, pues el autor cree que toda posible respuesta sería perentoria, prematura y engañosa en potencia. Después de todo, el efecto general de las novedades señaladas es la necesidad de actuar, de planificar las acciones, de calcular las ganancias y pérdidas de las mismas y de valorar sus resultados en condiciones de incertidumbre endémica. Lo que el autor ha tratado de hacer, y se ha sentido autorizado para ello, ha sido explorar las causas de esta incertidumbre; y quizá mostrar algu-

nos de los obstáculos que impiden apreciar tales causas y frenan nuestra capacidad para afrontar (cada uno por su cuenta, pero sobre todo colectivamente) el reto que supondría cualquier intento por controlarlas.

1
La vida líquida moderna y sus miedos

«Si quieres paz, preocúpate por la justicia», aseveraba la sabiduría antigua, y, a diferencia del conocimiento, la *sabiduría* no envejece. Hoy, igual que hace dos mil años, la ausencia de justicia obstruye el camino hacia la paz. Las cosas no han cambiado. Aquello que sí ha cambiado es que ahora la «justicia», a la inversa de los tiempos antiguos, es una cuestión planetaria, que se mide y se valora mediante comparaciones planetarias; y ello se debe a dos razones.

La primera es que, en un planeta atravesado en todas direcciones por «autopistas de la información», nada de lo que ocurra en alguna parte puede, al menos potencialmente, permanecer en un «afuera» *intelectual.* No hay una *terra nulla,* no hay zonas en blanco en el mapa mental, tierras y pueblos ignotos, menos aún incognoscibles. El sufrimiento humano de lugares lejanos y modos de vida remotos, así como el despilfarro de otros lugares y modos de vida también remotos, entran en nuestras casas a través de las imágenes electrónicas de una manera tan vívida y atroz, de forma tan vergonzosa o humillante, como la miseria y la ostentación de los seres humanos que encontramos cerca de casa durante nuestros paseos cotidianos por

las calles de la ciudad. Las injusticias, a partir de las cuales se conforman los modelos de justicia, ya no permanecen circunscritas a la vecindad inmediata, no hay necesidad de ir a buscarlas en la «privación relativa» o en «diferenciales salariales» al establecer comparaciones con los vecinos de la puerta de al lado, o con los amigos cercanos en el ránking social.

La segunda razón es que, en un planeta abierto a la libre circulación del capital y de las mercancías, cualquier cosa que ocurra en un lugar repercute sobre el modo en que la gente vive, espera vivir o supone que se vive en otros lugares. Nada puede considerarse de veras que permanezca en un «afuera» *material*. Nada es del todo indiferente, nada puede permanecer por mucho tiempo indiferente a cualquier otra cosa, nada permanece intacto y sin contacto. El bienestar de un lugar repercute en el sufrimiento de otro. En la sucinta expresión de Milan Kundera, una «unidad de la humanidad» como la que ha generado la globalización significa sobre todo que «nadie puede escapar a ninguna parte».[1]

Como señaló Jacques Attali en *La Voie humaine*,[2] en sólo 22 países (en los que se acumula apenas el 14 por ciento de la población humana total) se concentra la mitad del comercio mundial y más de la mitad de las inversiones globales, mientras que los 49 países más pobres (en los que habita el 11 por ciento de la población mundial) reciben en conjunto sólo el 0,5 por ciento de la producción global, casi lo mismo que los ingresos de los tres hombres más ricos del planeta. El 90 por ciento de la riqueza total del planeta está en manos de sólo el uno por ciento de sus habi-

tantes. Y no se distinguen en el horizonte escolleras que puedan detener la marea global de la polarización de las ganancias, que continúa creciendo de manera amenazadora.

Las presiones dedicadas a hundir y desmantelar las fronteras, llamadas comúnmente «globalización», han resultado efectivas con escasas excepciones, ahora en trance de desaparecer; todas las sociedades se encuentran completa y verdaderamente abiertas de par en par, desde un punto de vista material e intelectual. Si se suman ambos tipos de «apertura» –la intelectual y la material–, se advierte por qué cualquier daño, penuria relativa o indiferencia tramada dondequiera que sea culmina con el insulto de la injusticia: el sentimiento del daño que se ha infligido, del daño que clama por ser reparado, pero que, en primer lugar, obliga a las víctimas a vengarse de sus adversidades...

La «apertura» de la sociedad abierta ha adquirido un nuevo matiz, con el que Karl Popper, que acuñó la expresión, jamás soñó. Ahora igual que antes, remite a una sociedad que se sabe incompleta con toda franqueza y, por tanto, ansía ocuparse de las propias posibilidades, todavía no intuidas ni mucho menos exploradas; pero señala también una sociedad impotente como nunca para decidir su curso con un mínimo grado de certeza, y para mantener el rumbo escogido una vez tomada la decisión. Producto precioso en su momento, aunque frágil, de la valerosa y estresante *autoafirmación*, el atributo de la «apertura» casi siempre se asocia en nuestros días a un *destino* inexorable; con los efectos secundarios, imprevistos y no planeados, de la «globalización negativa»: una globa-

lización altamente selectiva del comercio y el capital, la vigilancia y la información, la coacción y el armamento, la delincuencia y el terrorismo, todos ellos elementos que rechazan de plano el principio de soberanía territorial y no respetan ninguna frontera estatal. Una sociedad «abierta» es una sociedad expuesta a los golpes del «destino».

Si en un principio la idea de una «sociedad abierta» representó la autodeterminación de una sociedad libre orgullosa de su apertura, hoy evoca la experiencia aterradora de una población heterónoma, desventurada y vulnerable, abrumada por (y quizá supeditada a) fuerzas que ni controla ni entiende del todo; una población aterrorizada por su misma indefensión y obsesionada con la eficacia de sus fronteras y la seguridad de la población que habita dentro de las mismas, puesto que son precisamente esa impermeabilidad fronteriza y esa seguridad de la vida en el interior las que eluden su control y parecen destinadas a quedar fuera de su alcance mientras el planeta continúe sometido a una globalización exclusivamente *negativa*. En un planeta globalizado negativamente es imposible obtener (y menos aún garantizar) la seguridad de un solo país o de un grupo determinado de países: no, al menos, por sus propios medios y prescindiendo de lo que acontece en el resto del mundo.

Tampoco así se puede obtener o garantizar la justicia, condición preliminar de una paz duradera. La «apertura» perversa de las sociedades que promueve la globalización negativa es, por sí sola, causa de injusticias y, de modo indirecto, de conflictos y violencia. Como señala Arundhati Roy, «mientras la elite

viaja a su destino imaginario, situado en algún lugar cercano a la cima del mundo, los pobres han quedado atrapados en una espiral de delincuencia y caos».[3] Las acciones del Gobierno de Estados Unidos, dice Roy, y de sus diversos satélites, apenas camuflados como «instituciones internacionales» –el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio–, conllevan, como «peligrosos subproductos», «el nacionalismo, el fanatismo religioso, el fascismo y, por supuesto, el terrorismo, que avanzan de la mano con el progreso de la globalización liberal».

El «mercado sin fronteras» es una receta perfecta para la injusticia y para el nuevo desorden mundial que invierte la célebre fórmula de Clausewitz, de tal modo que ahora le toca el turno a la política de convertirse en una continuación de la guerra por otros medios. La liberalización, que desemboca en la anarquía global, y la violencia armada se nutren entre sí, se refuerzan y revigorizan recíprocamente; como advierte otra vieja máxima, *inter arma silent leges* (cuando hablan las armas, callan las leyes).

Antes de enviar tropas a Iraq, Donald Rumsfeld declaró que «la guerra se habrá ganado cuando los estadounidenses vuelvan a sentirse seguros».[4] Desde entonces, George W. Bush ha repetido este mensaje día tras día. Pero el envío de soldados a Iraq elevó el miedo a la inseguridad a nuevas cotas, y continúa haciéndolo, tanto en Estados Unidos como en otras partes.

Como era de prever, la sensación de inseguridad no fue la única víctima del daño colateral de la guerra. Muy pronto sufrieron idéntica suerte las libertades

personales y la democracia. Por citar la advertencia profética de Alexander Hamilton:

> «La destrucción violenta de la vida y de la propiedad a consecuencia de la guerra, el continuo esfuerzo y la alarma que provoca un estado de peligro sostenido, llevarán a las naciones amantes de la libertad, a buscar el reposo y la seguridad poniéndose en manos de instituciones con tendencia a socavar los derechos civiles y políticos. Para estar más seguras, correrán el riesgo de ser menos libres».[5]

Ahora esta profecía está cumpliéndose.

En cuanto llega a nuestro mundo, el miedo se desarrolla con un ímpetu y una lógica autónomos y requiere muy poca atención o aportaciones adicionales para crecer y extenderse de forma imparable. En palabras de David L. Altheide, lo crucial no es el miedo al peligro, sino el grado de expansión que dicho miedo puede adquirir, en qué puede convertirse.[6] La vida social cambia cuando las personas viven resguardadas tras un muro, contratan vigilantes, conducen vehículos blindados, llevan botes de aerosol defensivos y pistolas y acuden a clases de artes marciales. El problema es que tales actividades reafirman y contribuyen a acrecentar la misma sensación de caos que estos actos intentaban prevenir.

Los miedos nos incitan a emprender acciones defensivas. Una vez iniciada, toda acción defensiva aporta inmediatez y concreción al miedo. Es nuestra res-

puesta la que transforma los presagios sombríos en una realidad cotidiana, y logra que el verbo se haga carne. En la actualidad, el miedo se ha instalado dentro y satura nuestros hábitos diarios; si apenas necesita más estímulos externos es porque las acciones a las que da pie día tras día suministran toda la motivación y toda la energía que necesita para reproducirse. De todos los mecanismos que aspiran a cumplir con el sueño del movimiento perpetuo *[perpetuum mobile]*, la autorreprodución del círculo vicioso entre el miedo y las acciones que éste inspira parece ocupar un lugar de honor.

Es como si nuestros miedos se hubiesen vuelto capaces de perpetuarse y reforzarse por sí mismos; como si hubiesen adquirido un impulso propio y pudiesen continuar creciendo atendiendo únicamente a sus propios recursos. Esta autosuficiencia aparente es, por supuesto, sólo una ilusión, como ha ocurrido con tantos otros mecanismos que han pretendido obrar el milagro del movimiento perpetuo y la autosuficiencia energética. A todas luces, el ciclo formado por los miedos y las acciones dictadas por éstos no seguiría rodando ininterrumpidamente y adquiriendo mayor velocidad a cada paso si no continuase extrayendo su energía de los estremecimientos existenciales.

La presencia de tales estremecimientos no es precisamente novedosa. Los temblores existenciales nos han acompañado durante toda nuestra historia, porque ninguno de los escenarios sociales en los que se fueron desarrollando las actividades propias de la vida humana ofreció jamás una garantía infalible contra los golpes del «destino» (llamado así para distinguir ta-

les golpes de las adversidades, que los seres humanos sí *podían* evitar), pues el «destino» no se explica por la naturaleza peculiar de los golpes que da, sino por la *incapacidad humana para predecirlos* y, más aún, para prevenirlos o domesticarlos. Por definición, el «destino» golpea sin previo aviso y es indiferente a lo que sus víctimas puedan intentar, o abstenerse de intentar, para evitar sus golpes. El «destino» siempre ha encarnado la ignorancia y la impotencia humanas, y adquiere su tremendo poder amedrentador gracias a la misma indefensión de sus víctimas. Y, como escribieron los responsables de *Hedgehog Review* en la introducción a un número especial de la revista dedicado al miedo, «a falta de bienestar existencial», la gente tiende a conformarse con la «protección *[safety]** o con un sucedáneo de ésta».[7]

El terreno sobre el que se presume que descansan nuestras perspectivas vitales es, sin lugar a dudas, inestable, como lo son nuestros empleos y las empresas que los ofrecen, nuestros colegas y nuestras redes de amistades, la posición de la que disfrutamos en la sociedad, y la autoestima y la confianza en nosotros mismos que se derivan de aquélla. El «progreso», en otro tiempo la manifestación más extrema del optimismo radical y promesa de una felicidad universalmente compartida y duradera, se ha desplazado hacia el lado opuesto, hacia el polo de expectativas distópi-

* La palabra inglesa «*safety*» remite a los aspectos personales de la seguridad, al cuerpo y a las cosas materiales. En castellano suele traducirse como «seguridad» al igual que «*security*». Puesto que el autor emplea ambos términos de manera conjunta en varias ocasiones, se ha traducido «*safety*» como «protección» o «seguridad personal». *(N. de la T.)*

co y fatalista. Ahora el «progreso» representa la amenaza de un cambio implacable e inexorable que, lejos de augurar paz y descanso, presagia una crisis y una tensión continuas que imposibilitarán el menor momento de respiro. El progreso se ha convertido en algo así como un persistente juego de las sillas en el que un segundo de distracción puede comportar una derrota irreversible y una exclusión inapelable. En lugar de grandes expectativas y dulces sueños, el «progreso» evoca un insomnio lleno de pesadillas en las que uno sueña que «se queda rezagado», pierde el tren o se cae por la ventanilla de un vehículo que va a toda velocidad y que no deja de acelerar.

Incapaces de aminorar el ritmo vertiginoso del cambio (menos aún de predecir y controlar su dirección), nos centramos en aquello sobre lo que podemos (o creemos que podemos o se nos asegura que podemos) influir: tratamos de calcular y minimizar el riesgo de ser nosotros mismos (o aquellas personas que nos son más cercanas y queridas en el momento actual) víctimas de los innumerables e indefinibles peligros que nos depara este mundo impenetrable y su futuro incierto. Nos dedicamos a escudriñar «los siete signos del cáncer» o «los cinco síntomas de la depresión», o a exorcizar los fantasmas de la hipertensión arterial y de los niveles elevados de colesterol, el estrés o la obesidad. Por así decirlo, buscamos blancos *sustitutivos* hacia los que dirigir nuestro excedente de temores existenciales a los que no hemos podido dar una salida natural y, entre nuestros nuevos objetivos improvisados, nos topamos con advertencias contra inhalar cigarrillos ajenos, la ingesta de alimentos

ricos en grasas o en bacterias «malas» (mientras se consume de manera ávida líquidos que prometen proporcionar las que son «buenas»), la exposición al sol o el sexo sin protección. Quienes podemos permitírnoslo, nos fortificamos contra todo peligro visible o invisible, presente o previsto, conocido o por conocer, difuso aunque omnipresente; nos encerramos entre muros, abarrotamos de videocámaras los accesos a nuestros domicilios, contratamos vigilantes armados, usamos vehículos blindados (como los famosos todoterrenos), vestimos ropa igualmente protectora (como el «calzado de suela reforzada») o vamos a clases de artes marciales. «El problema», sugiere de nuevo David L. Altheide, «es que estas actividades reafirman y contribuyen a producir la sensación de desorden que nuestras mismas acciones provocan.» Cada cerradura adicional que colocamos en la puerta de entrada como respuesta a sucesivos rumores de ataques de criminales de aspecto foráneo ataviados con túnicas bajo las que esconden cuchillos; cada nueva dieta modificada en respuesta a una nueva «alerta alimentaria» hacen que el mundo parezca *más* traicionero y temible, y desencadenan *más* acciones defensivas (que, por desgracia, darán alas a la capacidad de autopropagación del miedo).

De la inseguridad y del temor puede extraerse un gran capital comercial, como de hecho se hace. «Los anunciantes», comenta Stephen Graham, «han explotado deliberadamente los miedos generalizados al terrorismo catastrófico para aumentar las ventas, ya de por sí rentables, de todoterrenos.»[8] Estos auténticos monstruos militares engullidores de gasolina, y

mal llamados «utilitarios deportivos», han alcanzado ya el 45 por ciento de todas las ventas de coches en Estados Unidos y se están incorporando a la vida urbana cotidiana como verdaderas «cápsulas defensivas». El todoterreno es:

> «un símbolo de seguridad que, como los vecindarios de acceso restringido por los que a menudo circulan, aparece retratado en los anuncios como algo inmune a la arriesgada e impredecible vida urbana exterior [...]. Estos vehículos parecen disipar el temor que siente la clase media urbana cuando se desplaza por su ciudad "de residencia" o se ve obligada a detenerse en algún atasco».

Como si se tratara de capital líquido listo para cualquier inversión, el capital del miedo puede transformarse en cualquier tipo de rentabilidad, ya sea económica o política. Así ocurre en la práctica. La *seguridad personal* se ha convertido en un argumento de venta importante (quizás *el más* importante) en toda suerte de estrategias de mercadotecnia. «La ley y el orden», reducidos cada vez más a una mera promesa de seguridad personal (más precisamente, *física),* se han convertido en un argumento de venta importante (quizás *el más* importante) en los programas políticos y las campañas electorales. Mientras, la exhibición de amenazas a la seguridad personal ha pasado a ser un recurso importante (quizás *el más* importante) en las guerras de los medios de comunicación de masas por los índices de audiencia (lo cual ha redundado aún más en el éxito de los usos comercial y político del ca-

pital del miedo). Como dice Ray Surette, el mundo que se ve por televisión se parece a uno en el que los «ciudadanos-ovejas» son protegidos de los «delincuentes-lobos» por «policías-perros pastores».[9]

Tal vez lo que caracteriza hoy a los miedos, conocidos por todas las variedades de la existencia humana vividas anteriormente, sea el desacoplamiento entre las acciones inspiradas por el miedo y los estremecimientos existenciales que generan el miedo que inspiró esas acciones. En otras palabras: el desplazamiento del miedo desde las grietas y las fisuras de la condición humana, en las que el «destino» nace y se incuba, hacia áreas vitales casi siempre desconectadas de la fuente original de la ansiedad. Ningún esfuerzo invertido en esas áreas, por enorme, serio e ingenioso que sea, puede neutralizar o bloquear la fuente de la ansiedad y, por tanto, es incapaz de aplacarla. Ésta es la razón de que el círculo vicioso de miedo y acciones inspiradas por el miedo se perpetúe invariablemente, sin perder un ápice de su energía pero, al mismo tiempo, sin aproximarse a su objetivo en lo más mínimo.

Afirmemos de manera explícita aquello que hasta ahora se ha mantenido implícito: el círculo vicioso en cuestión se ha desplazado/movido desde la esfera de la seguridad (esto es, desde la confianza y la seguridad en uno mismo o su ausencia) a la de la protección (es decir, la del estar resguardados de, o expuestos a, las amenazas a la propia persona y a sus extensiones).

La primera esfera, progresivamente despojada de la protección institucionalizada, garantizada y mante-

nida por el Estado, ha quedado expuesta a los caprichos del mercado; por la misma razón, se ha convertido en terreno de juego de las fuerzas globales, fuera del alcance del control político y, por lo tanto, de la capacidad de los interesados para responder adecuadamente, por no hablar de resistir sus golpes de manera eficaz. Las políticas basadas en la creación de seguros comunitarios frente al infortunio individual, que en el curso del siglo pasado conformaron lo que se dio en llamar el Estado social *(welfare)*, están siendo hoy total o parcialmente eliminadas, rebajadas a tales niveles que no pueden confirmar y sustentar el sentimiento de seguridad y, por lo tanto, la confianza en sí mismos de los actores. Lo que se conserva de las instituciones actuales que encarnan la promesa inicial ya no ofrece la esperanza, ni mucho menos la confianza, de sobrevivir a la futura, e inminente, ronda de recortes.

Ahora, con el progresivo desmantelamiento de las defensas contra los temores existenciales, construidas y financiadas por el Estado, y con la creciente deslegitimación de los sistemas de defensa colectiva (como los sindicatos y otros instrumentos de negociación colectiva), sometidos a la presión de un mercado competitivo que erosiona la solidaridad de los más débiles, se ha dejado en manos de los individuos la búsqueda, la detección y la práctica de soluciones individuales a problemas originados por la sociedad, todo lo cual deben llevar a cabo mediante acciones individuales, solitarias, equipados con instrumentos y recursos que resultan a todas luces inadecuados para las labores asignadas.

Los mensajes procedentes de las sedes del poder

político, que van dirigidos tanto a las personas con recursos como a los desafortunados, presentan el eslogan de «mayor flexibilidad» como el único antídoto para una inseguridad insoportable, y así dibujan una perspectiva de mayores obstáculos y privatización mayor de los problemas, más soledad e impotencia y, por tanto, una incertidumbre todavía mayor. Excluyen la posibilidad de una seguridad existencial colectivamente garantizada y, en consecuencia, no ofrecen alicientes para las acciones solidarias; en su lugar, animan a sus destinatarios a centrarse en la propia protección personal al estilo de «cada uno para sí mismo, o ¡sálvese quien pueda!», en un mundo fragmentado y atomizado sin remedio, y, por ello, cada vez más incierto e imprevisible.

La cuestión de la legitimación queda completamente abierta de nuevo tras la retirada del Estado de la función sobre la que se fundamentaron sus pretensiones de legitimidad durante casi todo el siglo pasado. En la actualidad no puede construirse un nuevo consenso de la ciudadanía («patriotismo constitucional», por emplear la expresión de Jürgen Habermas), como se hacía hasta hace bien poco: mediante la garantía de protección constitucional frente a los caprichos del mercado, conocidos por devastar las conquistas sociales y por socavar el derecho al respeto social y a la dignidad personal. La integridad del cuerpo político en su forma de Estado-nación, la más conocida en la actualidad, tiene problemas, por lo que se necesita y se busca con urgencia una legitimación alternativa.

A la luz de lo dicho, no sorprende en absoluto que se busque ahora una legitimación alternativa de la autoridad estatal, y una fórmula política distinta en beneficio de la ciudadanía obediente, en la promesa del Estado de proteger a sus ciudadanos frente a los peligros para la *seguridad personal.* En la fórmula política del «Estado de la seguridad personal», el fantasma de la degradación social contra el que el Estado *social* juró proteger a sus ciudadanos está siendo sustituido por la amenaza de un pedófilo puesto en libertad, un asesino en serie, un mendigo molesto, un atracador, un acosador, un envenenador, un terrorista o, mejor aún, por la conjunción de todas estas amenazas en la figura del inmigrante ilegal, contra el que el Estado moderno, en su encarnación más reciente, promete defender a sus súbditos.

En octubre de 2004, la BBC2 emitió una serie de documentales titulada *The Power of Nightmares: The Rise of the Politics of Fear (El poder de las pesadillas: El ascenso de la política del miedo).*[10] Adam Curtis, guionista y productor de la serie, uno de los más prestigiosos creadores de programas televisivos serios en Gran Bretaña, destacaba entonces que aunque el terrorismo global es un peligro evidente, que continuamente se reproduce en la «tierra de nadie» de la jungla global, una buena parte, si no toda, de la estimación oficial de su nivel de amenaza «es una fantasía que ha sido exagerada y distorsionada por los políticos. Es una oscura ilusión que se ha difundido entre los gobiernos de todo el mundo, los servicios de seguridad y los medios de comunicación internacionales sin ser cuestionada en lo más mínimo». Sería muy fácil iden-

tificar los motivos de la rápida y espectacular carrera de dicha ilusión: «En un momento en el que las grandes ideas han perdido su credibilidad, el miedo a un enemigo fantasma es lo único que les queda a los políticos para mantener su poder».

Ya antes del 11 de septiembre de 2001 podían detectarse numerosas señales del inminente desplazamiento de la legitimación del poder estatal hacia el Estado de la seguridad personal, aunque al parecer la gente necesitaba el impacto de ver reproducido a cámara lenta el desmoronamiento de las Torres Gemelas de Manhattan, durante meses, en millones de pantallas televisivas para absorber y asimilar la noticia, para permitir que los políticos recondujesen las inquietudes existenciales de la población a una nueva fórmula política. La batalla presidencial en Francia entre Jacques Chirac y Lionel Jospin adoptó la forma de una subasta pública, en la que dos líderes políticos competían para superar al otro prometiendo demostraciones de fuerza aún mayores en la guerra contra el crimen, llevando a una legislación más rigurosa y severa, y a castigos cada vez más ingeniosos e imaginativos para los delincuentes jóvenes o adultos y para los extraños y alienados «forasteros entre nosotros». Cuando George W. Bush empleó la dureza en la «guerra contra el terror», en su lucha para repeler el reto de su contrincante, y cuando el líder de la oposición británica trató de desestabilizar el Gobierno del «nuevo laborismo» centrando las ansiedades existenciales derivadas de la liberalización del mercado laboral en la amenaza representada por los gitanos nómadas y los inmigrantes sin techo, lo que estaban ha-

ciendo era esparcir las semillas del miedo en un terreno fértil.

No fue una mera coincidencia (según Hugues Lagrange)[11] que los casos más espectaculares de «alertas de seguridad» y las alarmas más ruidosas sobre el aumento de la criminalidad, acompañados de acciones ostentosamente duras por parte de los gobiernos, y reflejadas, entre otras cosas, en un rápido incremento de la población reclusa (la «sustitución del Estado social por el Estado penal», como dice Lagrange), ocurriesen, desde mediados de la década de los sesenta, en países que contaban con los servicios sociales menos desarrollados (como España, Portugal o Grecia), o donde las provisiones sociales estaban siendo reducidas de manera drástica (como Estados Unidos y Gran Bretaña). Ninguna investigación anterior al año 2000 ha mostrado una correlación significativa entre la severidad de la política penal y el número de delitos, aunque la mayoría de los estudios han descubierto una fuerte correlación negativa entre el «impulso encarcelador», por un lado, y la «cuota de servicios sociales provistos con independencia del mercado» y el «porcentaje del Producto Nacional Bruto destinado a este tipo de asistencia», por el otro. En definitiva, se ha demostrado, más allá de cualquier duda razonable, que el empeño por centrar la atención en la criminalidad y en los peligros que amenazan la seguridad física de los individuos y de sus propiedades está íntimamente relacionado con la «sensación de precariedad», y sigue muy de cerca el ritmo de la liberalización económica y de la consiguiente sustitución de la solidaridad social por la responsabilidad individual.

«No hay nuevos monstruos aterradores. Están extrayendo el veneno del miedo», observa Adam Curtis a propósito de la creciente preocupación por la seguridad física. El miedo está ahí, saturando la existencia humana cotidiana mientras la liberalización penetra en sus fundamentos y los baluartes defensivos de la sociedad civil caen en pedazos. El miedo está ahí, y explotar su caudal en apariencia inagotable y autorrenovable para reconstruir un capital político agotado es una tentación a la que muchos políticos estiman difícil resistirse. También está afianzada la estrategia de capitalizar el miedo, una tradición que aparece en los primeros años del asalto neoliberalista al Estado social.

Bastante antes de los acontecimientos del 11 de septiembre ya se habían llevado a cabo ensayos y pruebas que ponían de manifiesto los formidables beneficios de ceder a esa tentación. En un estudio de título mordaz y significativo, «The terrorist, friend of state power» («El terrorista, amigo del poder del Estado»),[12] Victor Grotowicz analizó los distintos modos en que, a finales de los años setenta, el Gobierno de la República Federal de Alemania utilizó las atrocidades terroristas perpetradas por la Fracción del Ejército Rojo *(Rote Armee Fraktion,* RAF). Descubrió que, mientras que en 1976 sólo el siete por ciento de los ciudadanos alemanes consideraban la seguridad personal como una cuestión política primordial, apenas dos años más tarde la gran mayoría de la población creía que ésta era mucho más importante que la

lucha contra el desempleo y la inflación. Durante esos dos años, la nación vio en las pantallas de sus televisores imágenes de las fotogénicas hazañas de las fuerzas policiales y de los miembros del servicio secreto, cada vez más numerosos, y escuchó las siempre audaces propuestas de sus políticos, que prometían medidas cada vez más duras y severas en la guerra sin cuartel contra los terroristas. Grotowicz descubrió también que, a pesar del espíritu liberal que inspiraba el énfasis original de la Constitución alemana en las libertades individuales, éste había sido subrepticiamente reemplazado por el autoritarismo estatal tan criticado antes. Mientras Helmut Schmidt hacía público su agradecimiento a los juristas por abstenerse de someter a prueba en los tribunales las nuevas resoluciones del Bundestag contrarias a la Constitución, la nueva legislación jugó sobre todo a favor de los terroristas potenciando su visibilidad pública y elevando indirectamente su estatura social muy por encima de los niveles que hubiesen podido alcanzar por sí solos. Los estudios de los investigadores concluyen unánimemente que las reacciones violentas de las fuerzas de la ley y el orden contribuyeron de manera extraordinaria a incrementar la popularidad de los terroristas. Es de suponer que la función manifiesta de aquellas nuevas medidas de orden, restrictivas e inflexibles, que consistían en erradicar la amenaza terrorista, desempeñaba de hecho un papel secundario respecto de su función latente, que era intentar desplazar los fundamentos de la autoridad estatal de un ámbito sobre el que el Estado no podía, no osaba o no pretendía ejercer un control efectivo, a otro ám-

bito en el que su poder y su valor a la hora de actuar pudiesen demostrarse espectacularmente y recibir el aplauso casi unánime del público. El resultado más evidente de la campaña antiterrorista fue el rápido incremento del miedo, que se expandió por toda la sociedad. Por lo que respecta a los terroristas, el blanco declarado de la campaña, los acercó más de lo que jamás habían soñado a su propio objetivo: socavar los valores que sustentan la democracia y el respeto a los derechos humanos. Puede añadirse que el desmoronamiento de la RAF, y su desaparición de la vida alemana, no fueron el resultado de las acciones policiales represivas, sino que se debieron a un cambio de las condiciones sociales, que dejaron de ser favorables para la *Weltanschauung* y las prácticas de los terroristas.

Lo mismo podría decirse de la triste historia del terrorismo en Irlanda del Norte, que, evidentemente, se mantuvo con vida y ganó apoyos en gran medida gracias a la dura respuesta militar de los británicos. Su derrumbe definitivo puede atribuirse al milagro económico irlandés y a un fenómeno comparable a la «fatiga del metal», más que a algo que el Ejército británico hiciese o fuese capaz de hacer.

Las cosas no han cambiado mucho desde entonces. Como bien muestra la experiencia más reciente (según el análisis de Michael Meacher), la ineficacia endémica o, por decirlo lisa y llanamente, el carácter contraproducente de la acción militar contra las formas modernas de terrorismo sigue siendo la norma: «Pese a la "guerra contra el terror" durante los últimos dos años [...] Al-Qaeda parece haber sido más eficaz

que en los dos años anteriores al 11 de septiembre».[13] El ya mencionado Adam Curtis va incluso un poco más allá al sugerir que, previamente, la existencia de Al-Qaeda se reducía apenas a una idea vaga y difusa sobre la «purificación de un mundo corrupto a través de la violencia religiosa», y que nació como resultado de la acción legal de los abogados; ni siquiera tenía un nombre «hasta principios de 2001, cuando el Gobierno estadounidense decidió juzgar a Ben Laden en rebeldía y tuvo que recurrir a la legislación antimafia, que requería como condición previa la existencia de una organización criminal con nombre».

Teniendo en cuenta la naturaleza del terrorismo contemporáneo, la noción misma de la «guerra contra el terrorismo» es una *contradictio in adjecto*, un contrasentido. El armamento moderno, concebido y desarrollado durante la era de las invasiones y las conquistas territoriales, es especialmente inadecuado para localizar, atacar y destruir objetivos extraterritoriales, endémicamente esquivos y harto móviles: comandos reducidos o, simplemente, personas solitarias que se desplazan ligeras de equipaje y que desaparecen de forma tan rápida e inadvertida como llegaron, dejando tras de sí escasas o nulas pistas acerca de quiénes son. Dado el carácter de las armas modernas de que disponen los ejércitos, las respuestas a actos terroristas de esa clase sólo pueden resultar torpes, burdas y confusas; afectan un área mucho más amplia que la que padeció el acto terrorista inicial, causan un número cada vez mayor de «víctimas colaterales» y de «da-

ños colaterales», y generan más terror del que los terroristas habrían podido producir por sí solos con las armas que tenían a su disposición (la «guerra contra el terrorismo», declarada tras el ataque terrorista al World Trade Center, ya ha provocado muchas más «víctimas colaterales» entre los inocentes que la atrocidad a la que respondía). Esta circunstancia es, sin duda, un elemento integral del plan de los terroristas y la fuente principal de su fuerza, que excede con mucho el poder de su número y su armamento.

A diferencia de sus enemigos declarados, los terroristas no tienen por qué sentirse constreñidos por los limitados recursos que controlan directamente. Cuando elaboran sus planes estratégicos y tácticos también pueden contar con que las reacciones probables (en realidad, casi seguras) del «enemigo» ayudarán a magnificar considerablemente el impacto que persiguen con su propia atrocidad. Si el propósito de los terroristas es extender el terror entre la población enemiga, el Ejército y la policía del enemigo se encargarán de que ese propósito se cumpla mucho más allá del grado que los terroristas podrían asegurar por su cuenta.

De hecho, sólo cabe repetir con Meacher: la mayoría de las veces, sobre todo tras los atentados del 11 de septiembre, parecemos «seguirle el juego a Ben Laden». Ésa es, como Meacher recalca con razón, una política letalmente errónea. Yo añadiría que estar de acuerdo en seguirle el juego a Ben Laden es aún menos excusable porque, mientras en público esta actividad se justifica con la intención de erradicar la lacra terrorista, parece obedecer en cambio a una lógica totalmente distinta de la que inspiraría y justificaría.

Meacher acusa a los gobiernos al frente de la «guerra contra el terrorismo»

> «de falta de voluntad para contemplar lo que se oculta detrás del odio: por qué un número tan alto de jóvenes están dispuestos a volar por los aires, por qué 19 de ellos, con formación superior, estaban preparados para destruirse a sí mismos y a miles de personas más en los secuestros aéreos del 11 de septiembre, y por qué la resistencia [en Iraq] no deja de crecer pese a la elevada probabilidad de que los insurgentes que se unen a ella acaben muriendo en el intento».

En lugar de detenerse a reflexionar, los gobiernos actúan (y con toda probabilidad, algunos, en especial Estados Unidos, tienen intención de continuar del mismo modo, como ha demostrado John R. Bolton, representante estadounidense en la ONU famoso por declarar que «las Naciones Unidas no existen»). Como ha señalado Maurice Druon, «antes de emprender la guerra contra Iraq, el Gobierno estadounidense sólo tenía allí a cuatro agentes [servicio de inteligencia] que luego, además, resultaron ser agentes dobles».[14] Los estadounidenses iniciaron la guerra convencidos de que «los soldados de Estados Unidos serían recibidos como libertadores, con ramos de flores y con los brazos abiertos». Pero, por citar a Meacher una vez más, «la muerte de más de diez mil civiles, unida a los veinte mil heridos y las bajas militares iraquíes (aún mayores), se vio agravada, al cabo de un año, por la incapacidad demostrada para hacer funcionar servicios

públicos clave, [...] por el desempleo galopante y por una actuación gratuitamente torpe del Ejército estadounidense». Sólo puede concluirse que, si bien es cierto que un pensamiento al que no le sigue una acción es ineficaz, actuar sin pensar resulta igual de infructuoso, y esto se suma al enorme aumento de la corrupción moral y el sufrimiento humano que esas acciones iban a causar.

Las fuerzas terroristas apenas vacilarán con golpes de este tipo; por el contrario, obtienen su fuerza y la reponen, precisamente, de la confusión y de la prodigalidad excesiva y derrochadora de sus adversarios. El exceso no es privativo de las operaciones explícitamente antiterroristas, también se hace notar en las alertas y las advertencias que los miembros de la coalición contra el terrorismo dirigen a sus poblaciones. Como observó Deborah Orr hace ya tiempo, «se interceptan muchos vuelos y de ninguno se ha sabido que hubiese padecido realmente una amenaza [...]. Se desplegaron tanques y tropas en el exterior de Heathrow, pero acabaron por retirarse de allí sin haber hallado nada en absoluto».[15] Tomemos, si no, el ejemplo de la «fábrica de ricina», cuyo descubrimiento fue pública y ruidosamente anunciado en 2003, y de inmediato se proclamó «a bombo y platillo como una "prueba evidente de la amenaza terrorista continuada", aunque al final la fábrica de gérmenes para la guerra bacteriológica de Porton Down, en la que se llevaron a cabo los análisis, no pudo determinar que hubiese habido nunca cantidad alguna de ricina en el piso denunciado como importante base terrorista». En realidad, como informó Duncan Campbell desde los tribunales

donde se seguía el proceso contra los presuntos «conspiradores de la ricina»,[16] la única prueba en que se basaba el caso era un documento del que ya se había demostrado que era una «copia exacta de las páginas de un sitio internet en Palo Alto, California»; fue imposible encontrar vínculo alguno con Kabul o con Al-Qaeda, y la acusación se vio obligada a archivar el caso. Eso no impidió que dos semanas más tarde el entonces ministro del Interior, David Blunkett, anunciase: «Suponemos, y lo demostraremos en los próximos meses, que Al-Qaeda y su red internacional están muy cerca y representan una amenaza para nuestras vidas». Mientras tanto, en Estados Unidos, Colin Powell utilizó a la «presunta banda de la ricina londinense» como prueba de que «Iraq y Osama ben Laden estaban apoyando y dirigiendo células terroristas preparadas para utilizar el veneno en toda Europa». En resumen, aunque 500 personas fueron arrestadas hasta febrero de 2004 en aplicación de la nueva legislación antiterrorista, sólo dos han sido condenadas.

Orr señala que, a la vista de semejantes sandeces, no habría que negar credibilidad a la hipótesis de que tras el avivamiento de la amenaza terrorista se oculten determinados (y poderosos) intereses comerciales. De hecho, existen indicios de que «la guerra contra el terror», lejos de combatir la proliferación mundial del comercio de armas ligeras, lo ha incrementado considerablemente (y los autores de un informe conjunto de Amnistía Internacional y Oxfam estiman que las armas ligeras son «las auténticas armas de destrucción masiva», puesto que medio millón de personas muere cada año por su culpa).[17] Los beneficios

que los productores y comerciantes estadounidenses de «material y dispositivos de defensa personal» obtienen de los temores populares, reforzados, a su vez, por la destacada presencia y la elevada ubicuidad de tal material y dispositivos, están de sobra documentados. De todos modos, conviene repetir que el principal resultado, y el más difundido, de la guerra que se libra contra los terroristas acusados de sembrar el miedo, es el miedo mismo.

Otro resultado visible de esa guerra han sido las nuevas limitaciones impuestas a las libertades personales, alguna de ellas olvidada desde los tiempos de la Carta Magna. Conor Gearty, profesor de Derechos Humanos en la London School of Economics, ha elaborado un largo inventario de leyes que coartan las libertades humanas, aprobadas en Gran Bretaña bajo la rúbrica de una «legislación antiterrorista»,[18] y coincide con la opinión de otros muchos comentaristas preocupados por el tema: hoy por hoy, no tenemos la más mínima seguridad de que «nuestras libertades civiles seguirán ahí cuando tratemos de traspasárselas a nuestros hijos». El poder judicial británico se ha ceñido hasta el momento a la doctrina gubernamental de que «no hay alternativa para la represión». En la actualidad, según concluye Gearty, «sólo los idealistas liberales» y otras almas bienintencionadas igualmente engañadas «mantienen la esperanza de que la justicia asuma el liderazgo de la sociedad» en la defensa de las libertades civiles en un «momento de crisis» como el actual.

Las historias de las macabras proezas en el interior de recintos como el campo de internamiento de

Guantánamo o la prisión de Abu Ghraib, aislados no sólo de los visitantes, sino también del radio de acción de cualquier ley, nacional o internacional: esas historias, que lo son también de la lenta pero incesante caída en el pozo de la inhumanidad de los hombres y de las mujeres designados para supervisar esa ausencia de ley, han recibido ya suficiente publicidad en la prensa como para repetirlas aquí. En cambio, aquello en lo que pensamos con menos frecuencia, y de lo que pocas veces oímos hablar, es que tal vez los demonios que han emergido en aquellos remotos lugares son sólo ejemplos particularmente extremos, radicales e imprudentes, salvajes y despiadados de una familia más amplia de lémures que acechan en los desvanes y los sótanos de nuestras casas, justo aquí, en un mundo donde nadie o casi nadie cree que cambiar la vida de los otros sea importante para la propia vida. En un mundo, en otras palabras, en el que cada individuo es abandonado a sí mismo mientras que la mayoría de las personas son herramientas para la promoción recíproca.

La vida solitaria de tales individuos puede ser alegre y es probable que sea muy ajetreada, pero está destinada a ser arriesgada y temerosa. En un mundo como éste no hay muchas rocas sólidas en las que los individuos con dificultades puedan basar sus esperanzas de salvación y en las que confiar en caso de fracaso personal. Los vínculos humanos se han aflojado, razón por la cual se han vuelto poco fiables y resulta difícil practicar la solidaridad, del mismo modo que es difícil comprender sus ventajas y, más aún, sus virtudes morales.

El nuevo individualismo, el debilitamiento de los vínculos humanos y el languidecimiento de la solidaridad están grabados en una de las caras de la moneda cuyo reverso lleva el sello de la «globalización negativa». En su actual forma, puramente negativa, la globalización es un proceso parasitario y predatorio que se nutre de la potencia extraída de los cuerpos de los Estados-nación y de sus súbditos. Para citar a Attali una vez más, las naciones organizadas en Estados «pierden influencia en la marcha general de los acontecimientos y abandonan en manos de la globalización todos los medios para orientar su destino y para resistirse a las múltiples formas en que pueden manifestarse los miedos».

La sociedad ya no está protegida por el Estado, o por lo menos difícilmente confía en la protección que éste ofrece; ahora se halla expuesta a la voracidad de fuerzas que el Estado no controla y que ya no espera ni pretende recuperar y subyugar. Es sobre todo por este motivo por el que los gobiernos estatales, en su esfuerzo diario por capear los temporales que amenazan con arruinar sus programas y sus políticas, van dando tumbos *ad hoc* de una campaña de gestión de crisis a otra y de un conjunto de medidas de emergencia a otro, soñando sólo con mantenerse en el poder tras las próximas elecciones, y es por ello por lo que carecen, por lo demás, de programas o ambiciones con visión de futuro, por no hablar de proyectos de resolución radical para los problemas recurrentes de la nación. «Abierto» y crecientemente indefenso por ambos flancos, el Estado-nación pierde gran parte de su fuerza, que ahora se evapora en el espacio global, y

buena parte de su sagacidad y su destreza política, cada vez más relegadas a la esfera de la «política de la vida» individual, y «subsidiarizada» en hombres y mujeres individuales. Lo que aún queda del poder y de la política del pasado en manos del Estado y de sus órganos ha ido menguando gradualmente hasta alcanzar una dimensión que encaja en el recinto de una gran comisaría de policía. Este Estado reducido apenas se las puede arreglar para ser otra cosa que un Estado de la seguridad personal.

Tras haberse filtrado y escapado por las grietas de una sociedad que se ha visto obligada a abrirse dada la presión de la globalización negativa, el poder y la política se desvían cada vez más el uno de la otra, siguiendo direcciones opuestas. El problema, la tarea imponente que nuestro siglo tendrá que afrontar con toda seguridad como su reto principal, es reunir de nuevo poder y política. La reunión de esos dos compañeros hoy separados en el domicilio del Estado-nación es, quizá, la menos prometedora de las respuestas posibles a ese reto.

En un planeta negativamente globalizado, los problemas más fundamentales –los auténticos *meta* problemas que condicionan las posibilidades y los modos de afrontar los demás problemas– son *globales* y, como tales, no admiten soluciones locales; no existen, ni pueden existir, soluciones locales a problemas originados y reforzados desde la esfera global. De ser posible, el único modo de conseguir la reunión del poder y la política será a escala planetaria. Según las perturbadoras palabras de Benjamin R. Barber, «ningún niño estadounidense puede sentirse seguro en su cama si los niños de

Karachi o de Bagdad no se sienten seguros en las suyas. Los europeos no podrán presumir durante mucho tiempo de sus libertades si en otras partes del mundo las personas siguen padeciendo penurias y humillaciones».[19] Ya no es posible garantizar la democracia y la libertad en un solo país, ni siquiera en un grupo de ellos; la defensa de tales valores en un mundo saturado de injusticias y poblado por miles de millones de seres humanos a los que se les niega la dignidad corromperá sin remedio los principios que se pretende proteger. El futuro de la democracia y la libertad sólo puede asegurarse a escala planetaria.

El miedo constituye, posiblemente, el más siniestro de los múltiples demonios que anidan en las sociedades abiertas de nuestro tiempo. Pero son la inseguridad del presente y la incertidumbre sobre el futuro las que incuban y crían nuestros temores más imponentes e insoportables. La inseguridad y la incertidumbre nacen, a su vez, de la sensación de impotencia: parece que hemos dejado de tener el control como individuos, como grupos y como colectivo. Para empeorar aún más la situación, carecemos de las herramientas que puedan elevar la política hasta el lugar en el que ya se ha instalado el poder, algo que nos permitiría reconquistar y recobrar el control de las fuerzas que conforman nuestra condición compartida, y definir así nuestro abanico de posibilidades y los límites de nuestra libertad de elección; un control que, en el momento presente, se nos ha escapado (o nos ha sido arrebatado) de las manos. El demonio del miedo no será exorcizado hasta que encontremos (o, para ser más exactos, hasta que *construyamos)* tales herramientas.